

HISTORIA Y MEMORIA

Palabras clave: Historia, Memoria, Argentina.
Key words: History, Memory, Argentina.

El artículo trata sobre los problemas de la memoria social y las relaciones con la disciplina histórica, un dominio muy actual de problemas. Sus temas nacen y se despliegan en la esfera pública e involucran el modo en que las sociedades abordan la relación con su pasado. Por una parte, la cuestión de la memoria emerge frente a crímenes masivos, como la Shoa o el terrorismo de Estado en la

Argentina, con el sentido de un deber moral contra formas de olvido o encubrimiento.

En segundo lugar, la actualidad del problema se pone de manifiesto en otros rasgos de nuestra experiencia sobre el pasado. Vivimos un auge de una cultura de la memoria, de los museos, los memoriales, las muestras, los artefactos dedicados al pasado; incluso un consumo de memorias, diversificadas, de grupos, círculos, minorías. Hay un boom de memorias; y diversas dimensiones y efectos de ese giro memorialista.

Finalmente, la propia historia como disciplina arrastra una crisis, que coincide y se reúne con este auge de la memoria. El régimen tradicional de la historia, asociada a los relatos de la nación y a la consolidación simbólica de los estados, es hoy desafiado por la irrupción de otras historias que nacen de la memoria y la experiencia social. Hay nuevos objetos para la investigación histórica: la cultura y las costumbres, la sexualidad, la infancia y la familia, la mujer, el cuerpo.

The article deals on the problems of social memory and the relations with the historical discipline, a very present domain of problems. Its subjects are born and unfold in the public sphere and involve the way in which societies approach the relation with the past. On the one hand, the question of memory emerges opposed to massive crimes, like the Shoa or the State terrorism in Argentina, with the sense of a moral duty against forms of forgetfulness or concealment.

Secondly, the current presence of memory is shown in other characteristics of our experience of the past. We lived in a peak of a culture of memory, with museums, memorials, exhibitions and devices dedicated to the past; even a consumption of diversified memories, of groups, circles, minorities. There is a boom of memories; and diverse dimensions and effects of that memorialist turn.

Finally, the history as a discipline carries its own crisis, which coincides with this height of memory. The traditional regime of the history, associated with the narratives of the nation and the symbolic consolidation of the modern states, is now challenged by the irruption of other histories that emerges from the social memory and the social experience. There are new objects for the historical research: the culture and customs, sexuality, childhood and the family, the woman and the body.

El tema propuesto trata en verdad de la *memoria social* y las relaciones con la historia. Se trata de un dominio muy actual de problemas, que ha emergido en los últimos años con fuerza. Antes que en la universidad o en el saber académico ha surgido en la práctica social y política: en el modo en que las sociedades, los grupos, las naciones abordan la relación con su pasado. El dominio académico viene después: los *estudios de memoria* y, en verdad, no involucra sólo a la disciplina histórica. Está atravesado por abordajes diferentes de la historia, las ciencias sociales, los estudios culturales y filosóficos, la ética.

Sólo puedo decir algunas cosas generales, destacar los nuevos problemas y sobre todo los desafíos que plantea para el historiador. Trataré de presentar el modo cómo estas cuestiones se han presentado en la Argentina.

1. Hay un primer rasgo que diferencia los problemas de la memoria social o histórica de la historia como *disciplina*. Sus temas nacen y se despliegan en la esfera pública en relación con los problemas de la conciencia histórica, los debates y las operaciones políticas sobre el pasado. En ese sentido, es un dominio que excede, desborda, e incluso

interfiere, con el objetivo de conocimiento y de investigación.

2. Es un dominio vigente y actual: la disciplina histórica y la formación no se ocupaba de estos temas antes de los años 80 o 90; y no hablo sólo de la Argentina. ¿Cómo y por qué emerge la cuestión de la memoria en la experiencia contemporánea sobre el pasado? No hay una respuesta simple.

Emerge en los últimos treinta años frente a crímenes masivos como la Shoa; sobre todo con el sentido de un *deber* moral contra formas de olvido o encubrimiento

Hugo Vezzetti

Profesor Consulto Titular UBA/ Investigador del CONICET.

Email: vezzetti@psi.uba.ar

de crímenes horrendos, que golpearon la conciencia moral de Occidente. Ése es un primer sentido en el que la memoria desborda y excede a la disciplina histórica. Se implanta como discurso y más aun como un imperativo alrededor de un núcleo ético: un deber hacia las víctimas. Ese régimen de memoria pone en un lugar fundamental el papel de los *testigos*. Esta actualidad de la memoria se corresponde con lo que ha sido llamado una época dominada por la figura del testigo.¹ La memoria y los testimonios mantienen una relación estrecha, inseparable, que es distinta del papel de los testimonios ("las fuentes orales") en la investigación histórica. Sobre todo cuando se trata de crímenes y asesinatos masivos: el testigo es el que habla por los que ya no pueden hablar.

3. Esa implicación ética y política compromete la conciencia social e histórica. Se trata de acontecimientos que interrogan el fundamento de una sociedad. Evoca las preguntas que Hannah Arendt se hacía después de la caída del nazismo: ¿qué pasó? ¿cómo pudo ser posible? Las respuestas pueden ser diversas, incluso elusivas: muchas veces las sociedades que pasan por experiencias de ese tipo eluden sus propias responsabilidades, proyectan todas las culpas sobre los ejecutores criminales pero relegan otras responsabilidades, políticas o morales.

Lo cierto es que los grandes crímenes de estado, del tipo de los genocidios o las dictaduras que implantan el terror de estado, nunca pueden cumplirse sin una extensa colaboración y sin la complicidad de muchos. Justamente la fuerza y el valor ético de un trabajo intelectual sobre la memoria reside en que busca devolver a la sociedad las preguntas sobre las condiciones y las complicidades, busca incomodar las visiones reconciliadas y encubridoras

con las que una sociedad disimula sus propias responsabilidades frente a las violencias y los crímenes.

Por supuesto, el campo de la memoria es un campo de lucha, hay memorias enfrentadas, cruzadas, reivindicativas; memorias familiares, políticas, de facciones y de grupos, etc. Incluso los gobiernos implementan lo que se llama "políticas de la memoria" y en muchos casos acomodan (o manipulan) los relatos sobre el pasado para alinearlos con objetivos y políticas del presente. En ese terreno, el historiador, como intelectual, es interrogado (o debería serlo) en su propia posición, en su conciencia, como miembro de una comunidad ética y política.

4. Al mismo tiempo, la actualidad de la memoria se pone de manifiesto en otros rasgos de nuestra experiencia sobre el pasado, que no se focaliza en los crímenes y las víctimas. Vivimos un auge de una *cultura de la memoria*; de los museos, los memoriales, las muestras, los artefactos dedicados al pasado. Incluso un *consumo* de memorias, diversificadas, de grupos, círculos, minorías. Hay un *boom* de memorias; y diversas dimensiones y efectos de ese *giro memorialista*. No es posible un juicio único sobre las condiciones y los efectos de esa extendida apelación a la memoria en la construcción de representaciones del pasado y el presente en la vida de las comunidades.

Es evidente que ha promovido un verdadero *mercado de la memoria*, ligado al *consumo* de masas, se ha desarrollado un turismo asociado a los sitios de memoria que abarcan tanto Auschwitz como la tumba de Jim Morrison en el cementerio de Père-Lachaise. Pero ese relieve de la memoria en la experiencia contemporánea también ha hecho posible que surjan voces y testimonios

menos visibles para el sentido común, ha recuperado experiencias y en algunos casos puede promover una relación más responsable de las sociedades con su pasado. Esto se ha visto ahora en los episodios desencadenados por la crisis de los refugiados asiáticos y africanos en Europa. Los gestos de solidaridad frente a las manifestaciones de racismo se hacen, en el caso de alemanes y austriacos, como un efecto de las memorias de la experiencia del nazismo.

5. Visto desde la historia como saber y como disciplina, surgen otros problemas. La historia arrastra una *crisis*, que coincide y se reúne con este auge de la memoria, pero que no depende directa y únicamente de ella. En sus formas modernas, desde el siglo XIX, la historia como escritura y como relato ha estado muy asociada a la idea y al valor de la *nación*.

¿Cómo surge esa asociación de la historia con la nación? Veamos un ejemplo: Ernest Renan, "Qué es la nación?" (1882).² Es un ensayo histórico y político que se pregunta por los fundamentos de la nación francesa. En el origen está la conquista y la violencia. Las invasiones bárbaras, germánicas y la fusión: los invasores adoptan el cristianismo, olvidan sus lenguas originales. Ahora bien, esas violencias, conquistas, fusiones, dice Renan, deben ser *olvidadas*.

Aunque no habla de memoria en el sentido actual, su idea de la nación reposa sobre una función política del recuerdo y sobre todo del olvido. En esa historia-memoria de la nación francesa la nación es en gran medida una formación (y una selección) de memorias y de olvidos. Para que haya una nación es necesario recordar juntos y *olvidar juntos*. Por ejemplo, olvidar la masacre de San

Bartolomé. Y si Renan hubiera escrito después de 1945 hubiera dicho que hay que olvidar la colaboración con los alemanes durante la Ocupación y la guerra civil entre franceses.

Allí se expone un cierto régimen de la historia, asociada a los relatos de la nación y a la consolidación simbólica de los estados nacionales desde el siglo XIX. Es la que se traslada al sistema escolar, a la enseñanza de la historia y a la formación de la "nacionalidad". Todo eso tuvo una enorme importancia en la Argentina, donde se trataba de la nacionalización de los hijos de inmigrantes. Por supuesto, ese régimen no desaparece; no sólo sobrevive en el sistema escolar, también en el sentido común del "revisionismo" que sigue apegado a ese molde tradicional, decimonómico, de una historia fundada en batallas, héroes y en la sacralización de la nación.

En estos últimos años surgen historiadores, como Pierre Nora, que piensan esa función de la historia, transmitida como soporte de la nación, con la categoría de la memoria. Habla de una "historia-memoria" o de una *memoria nacional*. Pero es importante decir que quienes la producían y la transmitían, los historiadores, intelectuales, docentes, no lo pensaban así: no hablaban de memoria sino de *historia nacional*, de una historia singular, focalizada en la historia política, en las victorias militares, en los héroes y los líderes, etc. Por supuesto, a lo largo del siglo XX se agregaron otros enfoques: la historia económica y social, la historia popular, obrera. Pero esa pluralidad de objetos y de disputas historiográficas no se hacía en nombre de la memoria sino de la historia y, en todo caso, de la *ideología*. Ese era el tema en los años 60 y 70: las relaciones de la historia no con la memoria sino con la ideología.

6. Ahora bien, ese régimen de una historia focalizada en la nación, los héroes y los triunfos ha entrado en crisis. Una manifestación de esa crisis surge con la irrupción de otras historias: la *sociedad*, en general, reemplaza a la nación. Hay nuevos objetos para la investigación histórica: la cultura y las costumbres, la sexualidad, la infancia y la familia, la mujer, el cuerpo. Este giro se traslada a las historias de las disciplinas: por ejemplo una historia del cuerpo interroga las visiones más tradicionales de la historia de la medicina; o una historia del castigo cumple esa función en relación con el derecho. Surgen incluso objetos insólitos para las visiones un poco sacralizadas de la historia tradicional, como la historia de la masturbación o de los excrementos.

Este desplazamiento de la historia hacia la sociedad y el fin de la historia-memoria coincide con la multiplicación de historias y de memorias particulares, sometidas a un tiempo móvil, inestable, en una lucha siempre renovada contra la dinámica de olvido por la aceleración del tiempo presente. Y se hace cada vez más difícil una historia pública centralizada, desde el Estado, que pueda ejercer un magisterio sobre la sociedad para enseñar *qué* debe ser recordado y *qué* debe ser olvidado.

7. Veamos brevemente cómo se manifiesta esa nueva situación de la historia y la memoria en la Argentina. Dos observaciones.

Por un lado, están los efectos de esa crisis en la propia disciplina histórica. Separada de los relatos fundadores de la nación, la historia como programa de investigación ha mostrado una gran capacidad y creatividad en la producción de conocimiento; han florecido nuevos enfoques de la historia política y social, de la cultura y de las ideas o de

formas de investigación que incorporan herramientas de la antropología, la sociología o el psicoanálisis. De modo que en el ámbito académico y en la producción la historia ha cobrado un impulso renovado.

Por otro, en la relación con la sociedad, la proliferación de memorias coincide con la pluralidad de actores y de intereses. Y por supuesto, los agentes, los enunciadores de un saber histórico se multiplican. Esto, seguramente, no sucede con otras disciplinas científicas como las que están acá representadas. Casi todos hablan sobre el pasado: el periodismo, la TV, el cine, los políticos y los gobernantes. Y está bien que lo hagan en el nivel de la opinión, de la *doxa*, de los debates públicos y políticos. Pero sucede algo que me parece que es diferente en otras disciplinas como la biología, la meteorología o la farmacología: casi no se reconoce la diferencia entre esas opiniones del sentido común o de la discusión pública y el conocimiento *legítimo*, sometido a procedimientos de discusión y verificación entre los especialistas y respaldado por la institución universitaria. Creo que ese borramiento de un principio de legitimidad en el conocimiento, distinto de la opinión, es algo que afecta muy especialmente a la historia.

Entonces, alrededor de los problemas de la memoria y la historia tenemos estas dos ideas. Por un lado, en relación con acontecimientos que han sacudido la conciencia de Occidente surge la implantación de la memoria como práctica social y deber moral, como respuesta, defensiva si se quiere, frente a los grandes crímenes masivos de nuestro tiempo. Por otro, en relación con las funciones más tradicionales de la historia como memoria de la nación, emerge la proliferación de lugares, experiencias, personajes que han llegado a la historia y a la

investigación histórica desde experiencias diversas y conflictivas de la memoria social.

Finalmente, en la Argentina, es claro que el tópico de la memoria y su relación con la historia evoca inmediatamente el pasado de la violencia política, la dictadura y el terrorismo de Estado; es decir, la rememoración focalizada en ese pasado de terror, sobre todo el cometido desde el estado. Es claro que ese estado de la conciencia social impone preguntas y demandas a una disciplina histórica. Y los historiadores se han ocupado de los crímenes, de sus ejecutores, de las víctimas, de las condiciones políticas del ciclo de la violencia, del papel de las instituciones, las dirigencias y la sociedad. Y también de las formas y los conflictos en el proceso de restauración o de reparación encarado en la etapa de la democracia.

En ese encuentro de la historia con la memoria, en la historiografía de los que se llama el "pasado reciente" (una "historia del presente") surge inmediatamente un problema: como ser a la vez *neutral* (en el sentido de la distancia necesaria en cualquier investigación) y participar como *ciudadano* en la vida pública. O bien, cómo trabajar para *dos públicos*: el de los pares y de la sociedad esclarecida o que busca pensar, deliberar sobre su pasado. Está claro; no hay que exagerar sobre la importancia de la disciplina histórica en la producción y transformación de la conciencia social pero tampoco se puede negarla.

Quiero poner algunos ejemplos de investigaciones que han sido capaces de abordar y de iluminar esa zona intrincada, sensible, conflictiva, de la memoria social y aún de la memoria política. Sólo evoco dos libros entre muchos: el de Emilio Crenzel que es una historia do-

cumentada del *Nunca más*, de la Conadep y de las repercusiones y usos de ese informe.³ Y el libro de Marina Franco sobre violencia y represión en el período previo a la dictadura, de 1973 a 1976, que explora lo que puede llamarse una "transición a la dictadura" y el papel del sistema político en las condiciones que hicieron posible la catástrofe posterior.⁴

Pero no quiero quedarme sólo con ese registro de la relación entre historia y memoria social focalizada en los crímenes y en las víctimas. Como dije hay otro terreno de ese encuentro que nace directamente de la transferencia de temas y objetos de la experiencia social a la investigación histórica. Pienso en lo que la historiografía francesa ha destacado en las últimas décadas: los "lugares de memoria".⁵ Nuevas formas de abordar el pasado que ya no se sostienen en *un* lugar, un espacio unificado en la representación de la historia. Ese encuentro con *las* memorias ha traído una nueva preocupación y una nueva sensibilidad historiográfica; y ha producido un giro plural en los temas y los problemas de la investigación.

Por supuesto no me privaré de mencionar algunos ejemplos. La Plaza de Mayo como "lugar de memoria" ha sido investigada por Silvia Sigal.⁶ No sólo es un "lugar" por lo que sucedió allí, también por los usos, las prácticas, discursos, intervenciones, relatos, imágenes; es una historia que cruza la política con el periodismo, el ensayo, la literatura y el cine. Graciela Silvestri ha escrito una historia cultural del Riachuelo.⁷ Una historia de la materialidad social y económica, técnica y política, de representaciones y relatos que inventan un paisaje, que se entretreje con la vida social y el arte. Podría poner otros ejemplos recientes: Roy Hora se ocupó de la historia del turf

e Isabella Cosse de la historia de Mafalda.⁸

En fin, he querido mostrar el impacto diverso que la memoria social ha tenido sobre la historia en la Argentina en estos últimos años. No sólo ha impulsado un conjunto importante de trabajos sobre el pasado reciente de violencias y terror: eso sigue estando presente en la medida en que ese pasado no deja de tener efectos sobre el presente. También he querido destacar algunos ejemplos, entre muchos, de una renovada sensibilidad histórica sobre lugares y experiencias que se ha hecho posible por ese encuentro de la historia y la memoria.

Septiembre de 2015

■ NOTAS

- 1 Annette Wieviorka, *L'Ère du témoin*, Plon, 1998.
- 2 Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation?*, 1882, en: <http://www.bmlisieux.com/archives/nation04.htm>.
- 3 E.Crenzel, *La historia política del Nunca más*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2008.
- 4 Marina Franco, *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*, Buenos Aires, FCE, 2012.
- 5 Pierre Nora, "Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux", en *Lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1997, tomo 1. Los tres tomos, La République, La Nation, y Les France (en plural), se publican entre 1984 y 1992.
- 6 Silvia Sigal, *La Plaza de Mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2006.

-
- 7 G. Silvestri, *El color del río. Historia cultural del paisaje del Riachuelo*, Bernal, UNQ, 2003.
- 8 Roy Hora, *Historia del turf argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2014. Isabella Cosse, *Mafalda: historia social y política*, Buenos Aires, FCE, 2014.